



CRIOLLOAVENTURAS

CUENTOS QUE NUNCA NOS CONTARON

CRIOLLOAVENTURAS

CUENTOS QUE NUNCA NOS CONTARON

Publicación de la Revista Llano Adentro
Universidad de los Andes
Centro de Estudios de la Orinoquia



Publicado por Revista Llano Adentro

©CEO, Teléfono: 571-339 49 49 Ext. 5307. ceo@uniandes.edu.co,

Cra. 13A #29-24, Bloque CI piso 22 . Bogotá D.C.

Primera edición 2019

Reservados los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Impreso en Colombia por Panamericana

Printed in Colombia

*Dedicado a todos esos llaneritos
que sueñan con un mar verde en paz*

ÍNDICE

Prólogo.....	07
Jorgito Chigüiré.....	09
Morrocoy Salcedo tiene mucho miedo.....	12
Estulticio.....	17
La noble mujer	22
El tesoro de Nukak	27
Naturaleza de colores	32
Las proezas de Inti	37
Corazón de Orinoco crecido	42
Juana Núkak	47
La premonición	51

PRÓLOGO

Mar verde...

Abundancia frondosa, planos eternos y torrentes tejidos

¿Qué sería de mi país sin estas maravillas?

¿Qué sería de mi llano sin sus bondades?

Mi mar verde, mi llano, te quiero cuidar, te quiero adornar, te quiero sin más ni más;
pero más que na' te quiero dejar, pa' que llaneritos descalzos y de a caballo que te han de
heredar, sueñen por siempre con el alcaraván.

Por ahora, que sea la imaginación este primer paso.... Adelante criollitos, a fantasear...

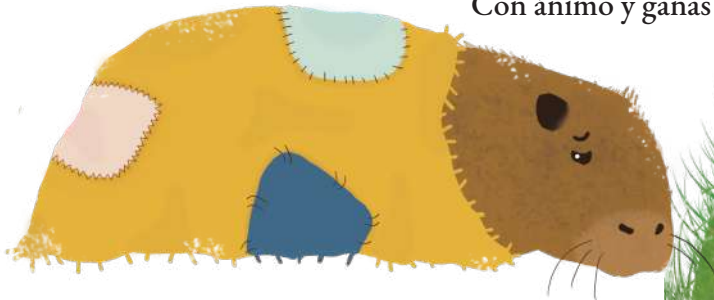
JORGITO CHIGÜIRÉ

TEXTO LUIS FRANCISCO TORRES/ ILUSTRACIONES DIANA LINERO TRIANA

Don Colacho Chigüire saltó de las cobijas
Buscando comida para desayunar
Le dijo a Jorgito, su hijo: “ya no te aflijas,
Alístate pronto y a trabajar”



El niño responde: “tengo mucho sueño,
Las cobijas me pesan y quiero dormir”
Sin tiempo perdido se levanta su hermano
Con ánimo y ganas pa’ pronto salir



Bajo la llanura los murrucos posaban
Sus caras alegres bajo el morichal
Llegó Don Colacho a ver en qué andaban
Mientras se comía aquel matorral





Jorgito Chigüire
muy tarde se levantó
Más no vio a nadie
a su alrededor
Preocupado Jorgito
corrió, corrió y corrió
Más al final
muy cansado terminó

Se perdió entre el llano
Buscando a su padre y hermano
Paró bajo un hermoso garcero
Belleza del paisaje llanero



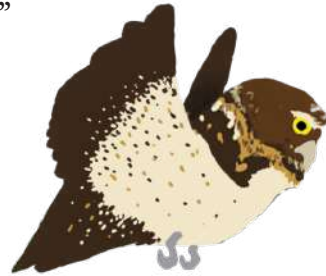
Jorgito empezó a llorar
Mientras vio pasar un murruco
Debió levantarse a trabajar
Se sentía triste y maluco

Al verlo llorar el murruco
Corrió pronto a su auxilio
“¿Qué pasa camarita Chigüiro?
¿Por qué estás triste y aburrido?”

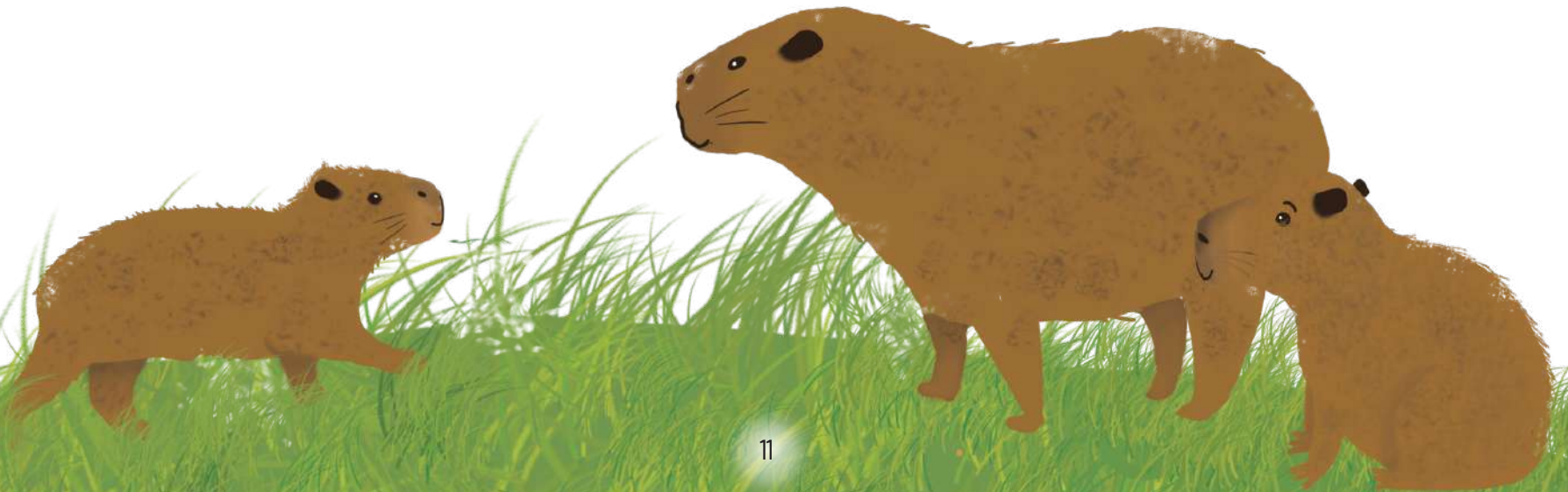


“Me quedé dormido y no quise trabajar,
Cuando me levanté salí a buscar a mi familia
Ahora estoy perdido y no puedo encontrar
Mi casa u otra estadía”

“Tranquilo”, responde el murruco
“Hoy vi a tus parientes en el hato
Acompáñame y te mostraré
En donde estaban hace un rato”

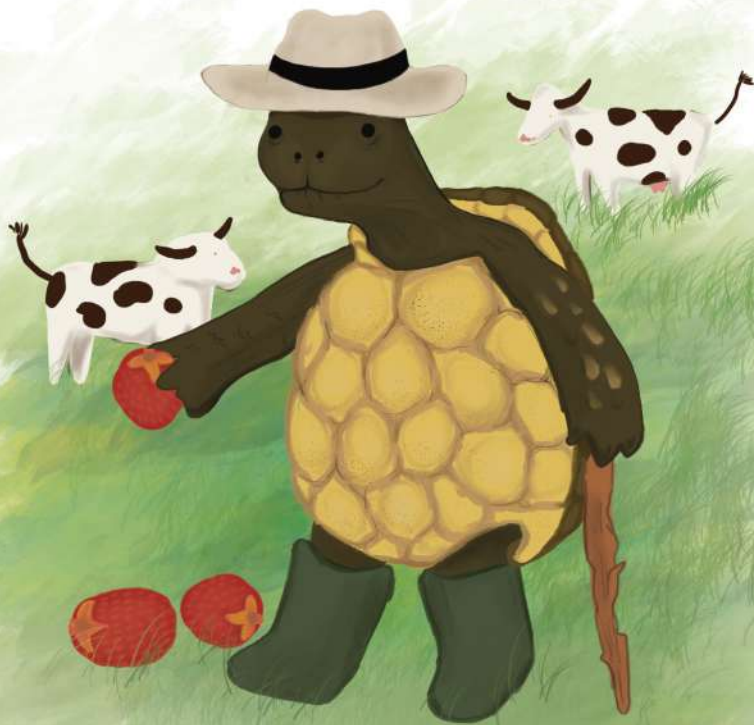


Jorgito lo siguió
y vio a lo lejos a sus parientes
Rápido los abrazó
y pidió perdón a los presentes
Prometió no volver
a ser rebelde
Levantarse temprano
y ayudar a toda la gente



MORROCOY SALCEDO TIENE MUCHO MIEDO

TEXTO PEDRO HELI CORREA/ ILUSTRACIONES ANGIE TATIANA MENDOZA



El valiente Morrocoy Salcedo jamás en la vida siente miedo, pues es grande, guapo, muy pesado y del moriche come el fruto cuando ya ha madurado.

Aunque haga calor y esté soleado él arrea el ganado sin sentirse cansado, a las vacas necias sabe guiar como todo un buen caporal y las mete todas, todas al corral.

Ya después de al pueblo llegar y de un par de cabezas vender, al hato debe volver, sin olvidar a los peones pagar por los días de fuerte trajinar.

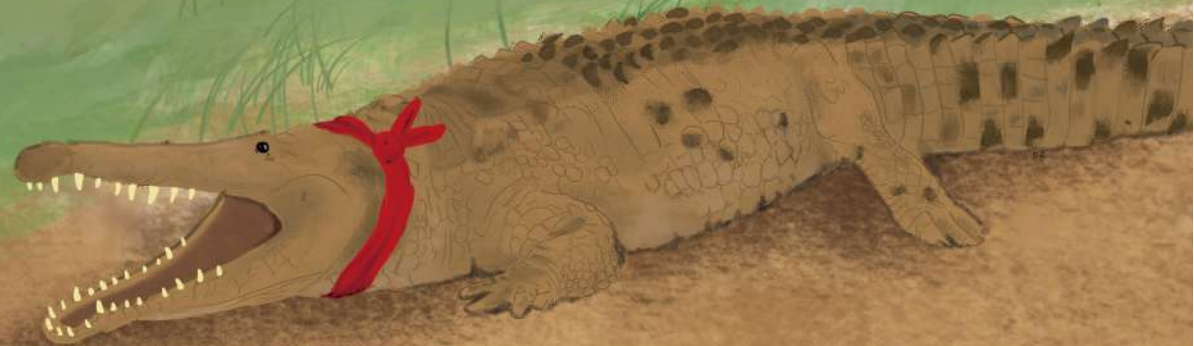
Morrocoy Salcedo solito siempre regresa con Don Pato de nuevo a trabajar, sabe que está cerca cuando al alto morichal atraviesa y se guía por sus palmas cuando tiene que caminar. Pero en el camino algo hay diferente... ¡El bosque de moriche ha tumbado la gente! Y el pobrecito Morrocoy Salcedo sí que se ha envuelto en un enredo.



El muy valiente Morrocoy Salcedo ahora tiene mucho, mucho miedo, pues a pesar de ser baquiiano se siente perdido en el llano. Camina y camina el pobrecito por la sabana y con paso suavecito, pero no puede encontrar el hato donde lo espera su patrón Don Pato.

A un caño se acerca a beber porque tiene mucha, mucha sed y asustado grita al un enorme caimán ver:

- ¡Auxilio, auxilio! ¡Éste camarita me viene a comer!
- No te haré daño. Le dice el caimán –Mucho gusto, me llamo Fabián. El caño donde vivo y me baño ha secado y tía Guabina ha marchado porque los bellos moriches no están, termina el pobrecito y se pone a llorar.



Morrocoy Salcedo se levanta de un salto y junto a Fabián el caimán, sale a buscar a la danta Amaranta, que del morichal alto sabe todo de todo y les puede ayudar, ya que si no aparece el moriche Morrocoy salcedo no podrá llegar a su hermoso hato pa' ponerse a trabajar y mucho menos el fruto de la palma volver a probar.



Empiezan a andar por la bonita llanura Salcedo y Fabián, Morrocoy y caimán, hasta que ven en la distante lejura a Amaranta la danta sonriendo con ternura. Entre los dos a Amaranta le cuentan lo que ha sucedido, ella les dice con amargura que su tiempo y esfuerzo han perdido porque los morichales ya no tienen cura.

A Fabián el caimán lo lleva a bañar mientras triste él no deja e' llorar, no hasta que le dicen dónde a su tía encontrar. La danta Amaranta a Morrocoy Salcedo un chofer le logra prestar, pa' que con Don Pato lo lleve y se ponga a trabajar.

El valiente Morrocoy Salcedo regresa al hato y todo a Don Pato le empieza a contar; le dice y le explica lo que le pasó al morichal y que sus frutos maduros no volverá a saborear...

Y el muy valiente Morrocoy Salcedo aún sigue sintiendo mucho miedo, pero no por estar perdido sino por no haber podido al moriche ayudar.



El inteligente Don Pato, que científico es, le recomienda dejar el estrés; pues él con sus menjurjes puede hacer al bosque de moriches alto, muy alto aparecer. Don Pato una siembra de moriche hace en su hato y a la tierra asemillada le cantan canciones hasta que sale la luna plateada.

Criolloaventuras: Morrocoy Salcedo tiene mucho miedo

Cantando Joropo y pajarillo, corridos, bambuco y pasillo, sienten los dos la tierra temblar y los altos moriches se empiezan a alzar porque les gustó tanto el bonito cantar de Don Pato y Salcedo que decidieron salir a escuchar. Y por fin el valiente Morrocoy Salcedo dejó de sentir miedo por el morichal, sus palmas son altas y su fruto otra vez volverá a saborear y probar.



ESTULTICIO

TEXTO LUIS TORRES / ILUSTRACIONES DAVID ANGULO TORO



Don Clemente tenía una familia pequeña, su esposa y su hijo con quienes pasaba día y noche trabajando en el hato. Sin embargo, un arrebato le cambiaría la vida. Sin más salida que emprender una travesía, la historia comienza así: un horizonte cubría todo el panorama, junto con garzones soldado, turpiales, murrucos y una inmensidad inimaginable. Los días eran soleados y las vacas y los caballos reposaban sobre la sombra de los árboles. Se levantaban temprano, y entre japeos y silbidos arriaban el ganado. Pero la tensión entre padre e hijo era clara. Por más que aparentaban tener una sonrisa de oreja a oreja había un espesor que se respiraba. ¿Trabajar juntos? Claro. Pero fuera de cabalgar largas jornadas y escupir chimú eran pocas las palabras que cruzaban.



Todo estalló:

– Papá, ya no quiero trabajar más. Haz caso y escucha – más esa lucha no ganaría.
– ¡A mí me respeta! – gritó Clemente. Y casi espeta su puño en la cara de Estulticio.



Se provocó un barajuste en esa casa que afectó al ganado. A la mañana siguiente Estulticio no aparecía. Prevalecía la esperanza de que fuera rebeldía, más al siguiente día no aparecía. Clemente no quería salir en la búsqueda de su hijo, pero el tiempo fue pasando y la ansiedad lo volvió loco. Mercedes, su esposa, le rogaba que fuera a buscarlo, que debía estar pasando penas, y después de unos días Clemente aceptó. Se juntó con sus parientes, Jindardo, Juan alto, Juan corto y el mismísimo Chivo Padrote. Recorrieron el llano durante una semana, encontrando solo habladerías sobre tierras lejanas en las que las personas se volvían ricas con un trabajo laborioso, pero bien pago, hacia donde había partido su hijo.



Sin dudarle un solo instante emprendió el viaje para el sur del llano, un terreno desconocido y temido por ser el comienzo de la selva, extraña y viva, con una locura que abunda en la mente de los que la habitan. Un inmenso miedo se apoderó de Don Clemente. Sin embargo, por más peleas y malentendidos que se tiene con un hijo éste es un compañero de vida, aquel amigo incondicional, una extensión del cuerpo del padre. No se permitiría perderlo. Caminando día y noche por entre la altillanura, el pie de monte, el llano y el tiempo, Don Clemente asediaba la selva, dejando toda su cordura en el camino. Recorrió el Rio Meta hacia el suroccidente de país. Llegó más al sur y anduvo en el Orinoco. En cada lugar al que llegaba le daban noticias de su hijo. Aunque un tanto dudosas daban esperanza al pobre hombre.

Finalmente, llegó a una hacienda conocida como “El Encanto”, en la que se trabajaba el caucho para un tal señor Arana. Prometía dar buena plata ya que se exportaba el caucho hacia Europa, especialmente a Inglaterra. Había una mezcla de comunidades indígenas de todo el Amazonas, de las familias lingüísticas tukano, arawak, tikuna, huitoto y tupí. Pues sin más remedio que trabajar para conseguir algún alimento, perdido ya el aliento, buscaron Clemente, Jindardo, Juan alto, Juan corto y el Chivo padrote un sustento. Empezaron a trabajar ahí.

El lugar tenía un sistema económico conocido como “peonaje de deuda”, en la que se te daba lo que necesitaras: comida, bebida, ropa, electrodomésticos, y luego de obtenerlo trabajarías el tiempo necesario para pagarlo. Pero el precio se pagaría con sangre. La deuda se convirtió en esclavitud y en todo cambió su actitud. Ya no podían continuar la búsqueda de Estulticio, solo queda una mala sensación y un suplicio. Una mañana llega Don Clemente con poco caucho y un muchacho le azotó la espalda durante cinco horas. Tumbado sobre un pasto lleno de sangre tiene una epifanía:

–Las tradiciones se arraigan al cuerpo, al tiempo. Más allá de los días o los meses el tiempo se mide por nuestro trabajo. La rutina agobiante de la Siringa soy yo, es mi hijo. Aunque la rutina trémula de la selva me enloquece en el corazón perece la esperanza. Ya estoy cansado de tanto maltrato, el señor Arana me tiene que dejar salir del Encanto. Mi espalda azotada por tantas fustas está agotada; sangró, supuró y cicatrizó. Al igual que tú, amigo mío, que te has derretido dentro de un mundo ajeno a ti, que no te conoce y te ve sufrir. Un árbol como cualquier otro, pero con la maldición del oro blanco, el caucho. Trae terror a nuestra vida con lo vivo. Sólo trae muerte.

–Lo sé– responde el árbol que posaba a su lado.





LA NOBLE MUJER

TEXTO DANIEL FELIPE PEREZ/ ILUSTRACIONES ANGIE TATIANA MENDOZA

En algún pueblito de Colombia (cuyo nombre no recuerdo),
Existían tres montañas que parecían el cielo tocar,
Pajarito, mono y mavicure, nombres que sonaban
De aquellas tres montañas que todos admiraban.

Este pueblito tan pequeño tenía algo singular,
¡Todos vivían en paz y tranquilidad!
Los niños en árboles, en el pasto entre risas.
Y los ancianos en sus sillas, disfrutando de la brisa.

En ese pueblito (cuyo nombre sigo sin recordar),
Vivía una noble mujer que no sentía miedo al caminar,
Era alta, carismática, simpática a la vez,
Y con un corazón enorme, ¡me tienes que creer!

La noble mujer ¡misteriosa sin par!
Siempre estaba sola, nadie sabía su andar.
Ni su nombre, ni su casa, tampoco su edad
Pero algo es seguro ¡era querida en verdad!

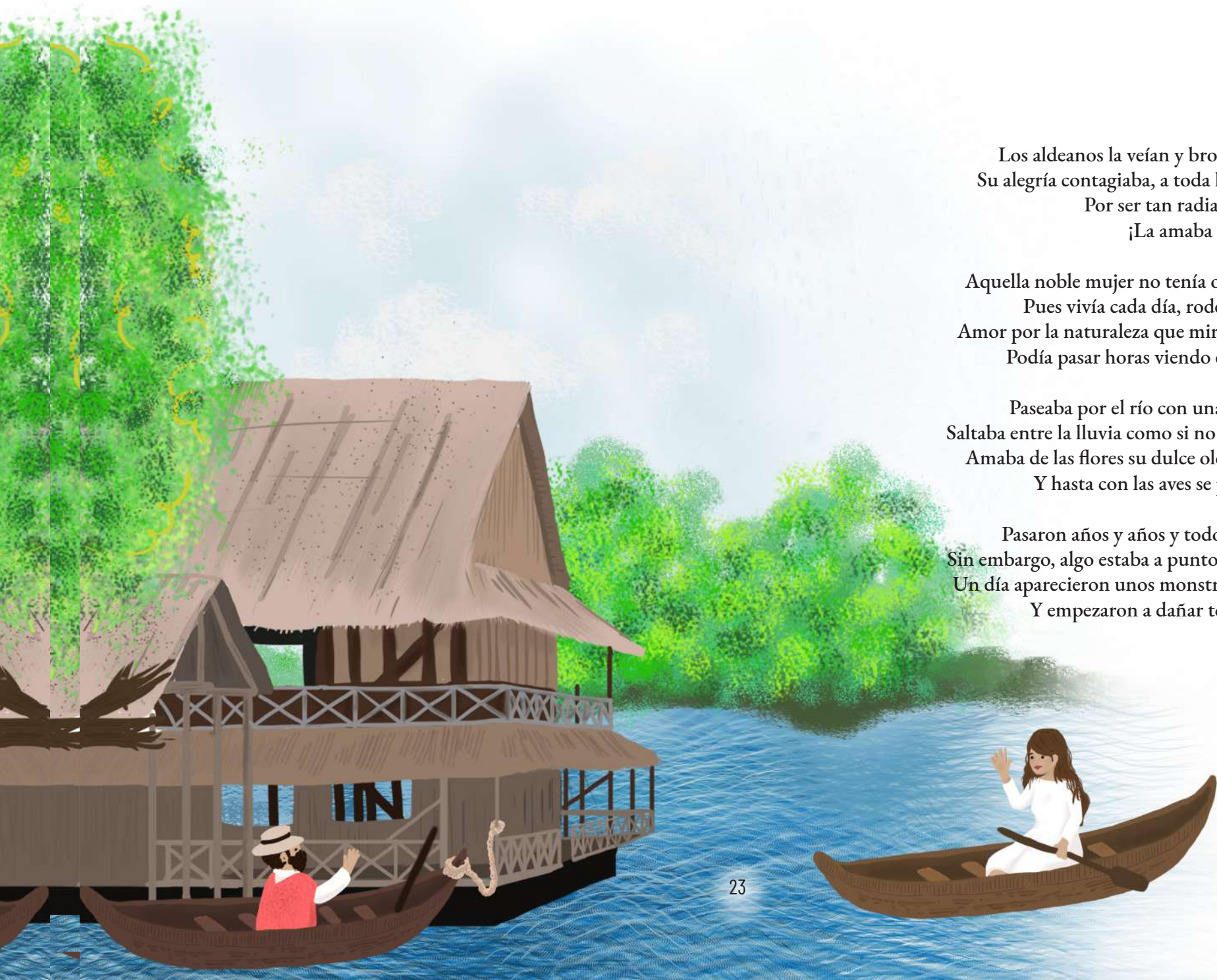


Los aldeanos la veían y brotaba felicidad
Su alegría contagiaba, a toda la comunidad
Por ser tan radiante y valiente
¡La amaba toda la gente!

Aquella noble mujer no tenía odio ni rencor
Pues vivía cada día, rodeada de amor.
Amor por la naturaleza que miraba sin parar,
Podía pasar horas viendo el cielo titilar.

Paseaba por el río con una gran sonrisa
Saltaba entre la lluvia como si no tuviera prisa.
Amaba de las flores su dulce olor al caminar,
Y hasta con las aves se ponía a jugar.

Pasaron años y años y todo seguía igual,
Sin embargo, algo estaba a punto de cambiar...
Un día aparecieron unos monstruos de metal,
Y empezaron a dañar todo sin parar.



Árboles caídos, retumbaban en el suelo
Animales asustados, corrían con miedo.
Los aldeanos preocupados, huyeron del lugar,
Y la noble mujer quedó sentada sin hablar.

Las flores estaban muriendo,
Y el agua tornaba de gris,
Los animales iban desapareciendo
Y les picaba la nariz.

La noble mujer empezó a temblar,
Lágrimas de sus ojos comenzaron a brotar,
No podía creer todo lo que querían dañar,
Así que decidió mostrar cómo era en realidad.



Nubes grises brotaron de la nada
Un ambiente frío con tan solo una mirada,
Rayos y truenos, brisas y chiflones,
Y la noble mujer hablaba sin temores.

Se alzó y empezó a gritar
“¡¡Lo arruinaron todo sin siquiera pensar,
Mis amigos animales y los pobres aldeanos,
Mi bella naturaleza y mis días soleados!!”

Los monstruos de metal quedaron asombrados,
Algunos con miedo y otros enojados
“¿Quién eres tú para venir a reprochar?”
Dijeron arrogantes y sin pestañear.

“¡Mi nombre no importa!” respondió con claridad,
Y la acompañó un estallido que no pudo controlar
“Les advierto que se vayan o se arrepentirán”
Dijo con enojo, ¡ya lo verán!

Los monstruos de metal se quedaron muy callados,
Sin embargo, pasó un tiempo y se fueron agachados,
La mujer había logrado que se fueran sin luchar,
Sin embargo, el desastre no se pudo evitar...



La noble mujer, sin fuerzas cayó al suelo,
Y su corazón se quebró de desconsuelo;
Ya con poco aliento solo miro al cielo
A esas tres montañas con cierto anhelo.

Con su voz entrecortada supo expresar:
“El egoísmo y la avaricia hacen mucho mal,
Todas mis plantas y mis animales
Desaparecieron o ya no son iguales”

Los ojos cerró y durmió y durmió,
Y todo el pueblo lloró y lloró,
Pero su esfuerzo agradeció,
Los aldeanos juraron recuperar
Aquel paisaje que tanto pudo amar.

Así que a ti, querido amigo lector, solo te doy un consejo:
“Se fuerte y valiente y vive con esfuerzo,
Trata cada día de ser alguien mejor,
Como la noble mujer con su gran corazón”.



EL TESORO DE NUKAK

TEXTO YASMIN ALEJANDRA GARZÓN/ ILUSTRACIONES DEVY CASTRO MARTÍNEZ

Nukák era un lugar donde había muchos árboles. Árboles grandes, árboles pequeños, árboles llenos de muchas flores y árboles donde había pájaros de mil colores. Nukák era el hogar de todos los animales, los gigantes y los chiquitos. Era donde nacía el río Venado y donde se agrupaban los bohíos.

Habían pasado muchos días con sus noches, miles de familias y sus generaciones. La gente del lugar vivía feliz porque no les faltaba nada, tenían agua y comida, es decir, un buen lugar dónde pasar su vida. No les amenazaba el tiempo, porque a pesar de los años, seguirían. O

por lo menos, hasta ese invierno, eso era lo que ellos creían.

Un día las cosas cambiaron, y la verdad, nadie podía explicarlo. Le pasaba a los árboles grandes y los árboles pequeños, ahora los árboles llenos de pájaros y sueños ya no eran lo que una vez fueron. Ya no estaban verdes, ya no eran alegres. El río corría con mucha furia y dañaba

las cosechas, los pastos se morían y los animales solo huían. Era la tragedia que nadie había pensado, la catástrofe que en otro tiempo temieron los antepasados.

Todos oraban, le pedían al cielo encontrar consuelo. La luna no respondía los llamados y el sol mucho menos. Y los líderes del bohío, a pesar que pasaban los días, no podían ofrecer una respuesta todavía. Las mujeres estaban asustadas, la violencia apenas amenazaba. Los niños ya no veían los animales como era la costumbre, el paisaje vacío se volvió su pesadumbre.

Los ancianos estaban muy preocupados, si seguían así las cosas, Nukák no volvería a ser el pueblo soñado.

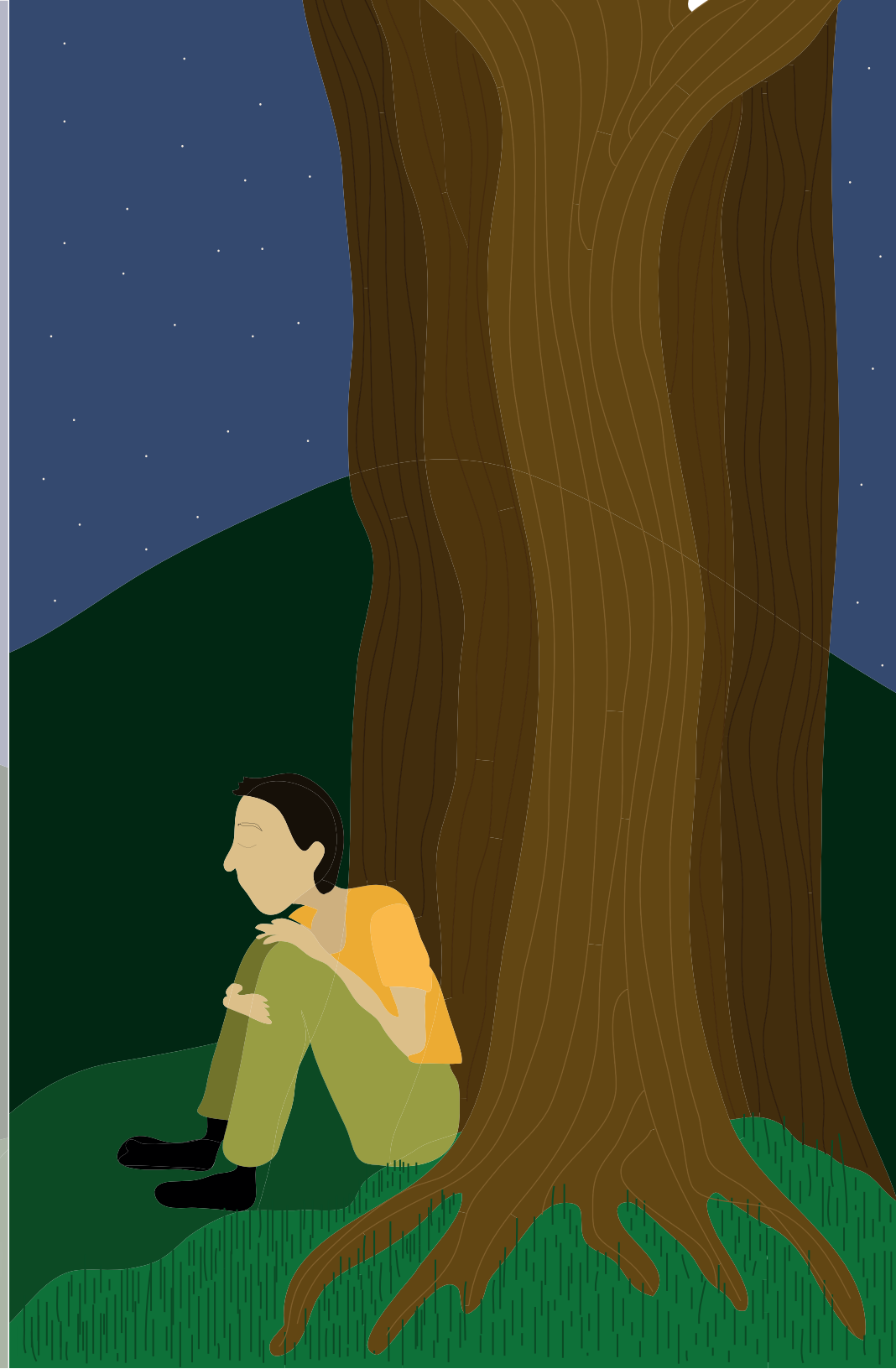
Pero allá, lejos, en la gran ciudad, alguien ocultaba un secreto. Un hombre se iba a volver millonario con su próximo gran reto. Era el papá de un niño de ojos claros y piel como la leche, era el cazador de tesoros que nadie tenía en mente. Viajó tres días seguidos hasta Nukák y cuando llegó al río Venado, ninguno lo habría adivinado. Llevaba muchas cosas en su maleta y la intención de pasar desapercibido. Cargaba en sus espaldas un mapa, dos historias, cuatro candados y seis indicios de un lugar muy escondido.

Se resguardó dentro lo más oscuro de la selva y los árboles frondosos fueron su morada. Dio varias vueltas por la ribera y al finalizar se dio cuenta de que todo le encantaba. Sacó el mapa que guardaba, y sin más recelo, empezó a recordar las dos historias que había escuchado sobre Cléo. Una era la que había oído cuando era muy pequeño, la que decía que ella estaba escondida en el mismo cielo. Pero la otra, y la que él más creía, era la que decía que Cléo siempre estaba a la vista.

Cléo era una piedra hermosa y también pequeñita, demasiado pequeñita, pero a pesar de su tamaño, era ella quien mantenía a Nukák con vida. Cléo nació de las cenizas de una palmera muy alta y cuando estuvo lista para nadar, perdió la capacidad de hablar. Después, encontró su hogar sobre el manto de la corriente donde habría de pasar el resto de su vida. Y desde ese día, nadie volvió a saber sobre la piedra consentida. Los más ancianos decían que solo habría de revelarse a quién fuera digno de verla después de las cenizas, pero los más jóvenes ni siquiera creían eso y hacían la historia trizas.

Pero el hombre que fue a Nukák, aunque era joven, sí creía la leyenda. Él no había nacido allá, pero fue a buscarla por su propia cuenta. Se guió por los seis indicios que lo conducirían hacia Cléo, pero debía ser muy sigiloso si no quería caer en el mal agujero. Entonces siguiendo la primera pista, subió la palmera que ya estaba lista.

Desde allí, se le revelaron los otros cinco indicios, y como una ruta pintada por estrellas, llegó al lugar donde estaba ella. De esa manera el hombre logró lo que nadie había podido antes, porque dentro de un cofrecito que había comprado un martes, encerró a Cléo con cuatro candados que aseguró por todas partes.



Habiendo cumplido su delito, el hombre se devolvió a su ciudad bien rapidito. Pero tuvieron que pasar muchos meses, para que él no escondiera a Cléo a todas creces. Primero se la mostró a su hijo Francis, quien de inmediato vio en ella un oasis. Reflejó sus ojos en Cléo, y se sorprendió al ver que su piel era igual a un azul brillante y profundo como el cielo. Se maravilló al saber que su padre había encontrado otro tesoro y esta vez uno asombroso. Pero su decepción fue más grande al saber que Cléo no era su trofeo, sino lo que les iba a dar el sustento. La piedrita iba a ser vendida día siguiente, y aunque Francis quería conservarla para siempre, eso no iba a poderse.

En la noche, antes de dormir, el padre decidió dejar que Cléo acompañara a Francis antes de que ella tuviera que partir. Y aunque Francis estaba triste porque sabía que Cléo al otro día se marchaba, le ocurrió algo que no esperaba. En el fondo de la habitación todo empezó a iluminarse, pero Francis no podía levantarse. Francis intentó gritar, pero antes de que algo pudiera pasar, Cléo le empezó a hablar.

- Francis, no estés triste. Yo no puedo escapar, pero me alegra saber que alguien por última vez me pudo amar.

Francis se quedó muy quieto y no sabía cómo reaccionar, pero obviamente, no podía perder esa oportunidad.

- ¿Quién eres? ¿Cómo es que puedes hablar?

Y a partir de ese momento, no dejaron de conversar.

- Soy Cléo. Nací de las cenizas de una palmera muy alta y soy la reina de las aguas. Mi hogar es el río Venado ubicado en Nukák y está muy lejos de acá. De seguro nunca volveré, pero antes de irme, me alegra saber que te pude conocer.

- ¡Cléoooooooo!, ¡eres preciosa! Pero no entiendo por qué estás aquí. ¿Acaso mi papá no te rescató de un lugar muy feo, para darte consuelo?

- No, Francis. Mi hogar está en el agua y allá soy feliz. El pueblo de donde vengo es un lugar muy lindo y te aseguro que nunca deseé salir.



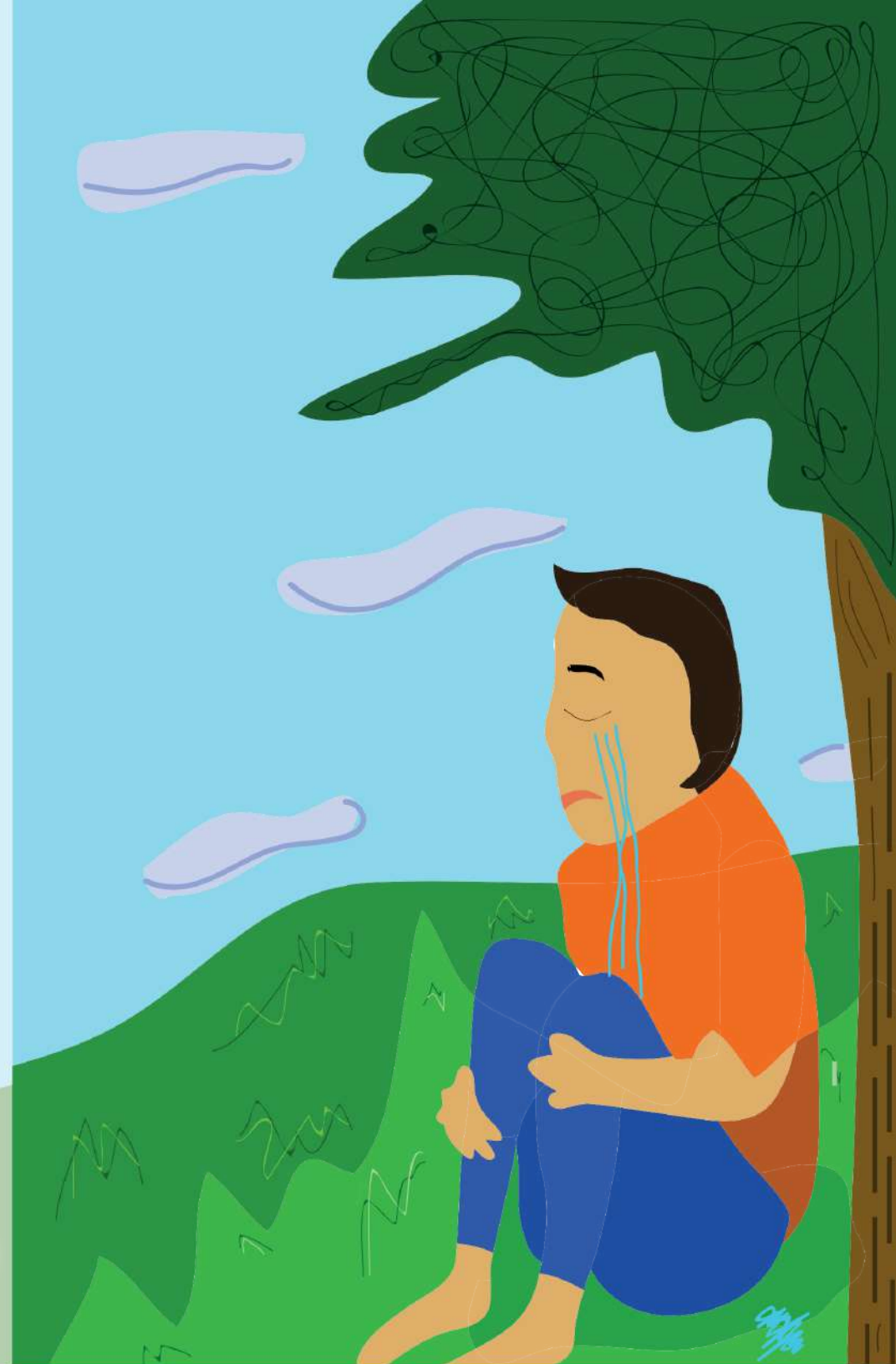
- ¿Y quieres volver?

- Claro que sí, ese es mi sueño desde que tu papá me puso bajo esos cuatro candados. Pero ya no puedo. Hombres como él no saben el daño que me han causado.- ¿Por qué? Yo estoy seguro de que él no es malo.

- Oh, claro que no debe serlo. Pero desde que él me robó, Nukák entró en la desolación. Ahora el río Venado está furioso porque se ha vuelto muy caudaloso, los árboles mueren y mi pueblo poco a poco se pierde. Pero cuando apenas Francis iba a responder, llegó el amanecer. Su padre entró muy temprano en la habitación y cogió a Cléo de un solo tirón. Francis saltó de su cama y le suplicó que no vendiera a su piedra amada, que no era justo, ni bueno, pero tampoco la única opción en ese momento. Sin embargo, el padre no escuchó a Francis y salió cuanto antes. Era el día de su negocio más importante y necesitaba estar muy elegante.

En su habitación Francis lloraba a cántaros por Cléo, parecía que nunca habría de encontrar consuelo. Sin embargo, el cielo es grande y su abuelo Polo escuchó todo lo que había pasado antes. Él entró a la habitación y le contó otra historia que lo dejó con demasiada agitación. El abuelo Polo, cuando era un niño, se había bañado en las aguas del río Venado y por eso sabía que era verdad la historia que Cléo había contado. El secreto era que el abuelo Polo había nacido en Nukák, pero nunca había podido regresar. Entonces le dijo a Francis que extrañaba su tierra y era hora de volver a verla.

Francis le dijo que era tarde, que su padre ya había ganado. Pero el abuelo se reía, porque no sabía de la estrategia que él había planeado. Antes de que su padre pudiera alcanzar el cofre con los cuatro candados, el abuelo había robado su tesoro tanpreciado. Era hora de hacer un pequeño viaje a Nukák y volver a restaurar la paz.



Viajaron con la misma maleta que el padre había caminado, siguieron el mapa, las dos historias y los seis indicios que una vez habían funcionado. Y de esta manera, luego de unos cuantos trabajos, Cléo volvió al río Venado. Se sumergió en las profundidades de su lecho y en el fondo de la ribera se observó un último destello que dejó al mal desecho. La vida de inmediato volvió a Nukák y los pajaritos empezaron a cantar. La gente del lugar dio gracias a sus dioses en el cielo y Cléo por fin tuvo un buen sueño.

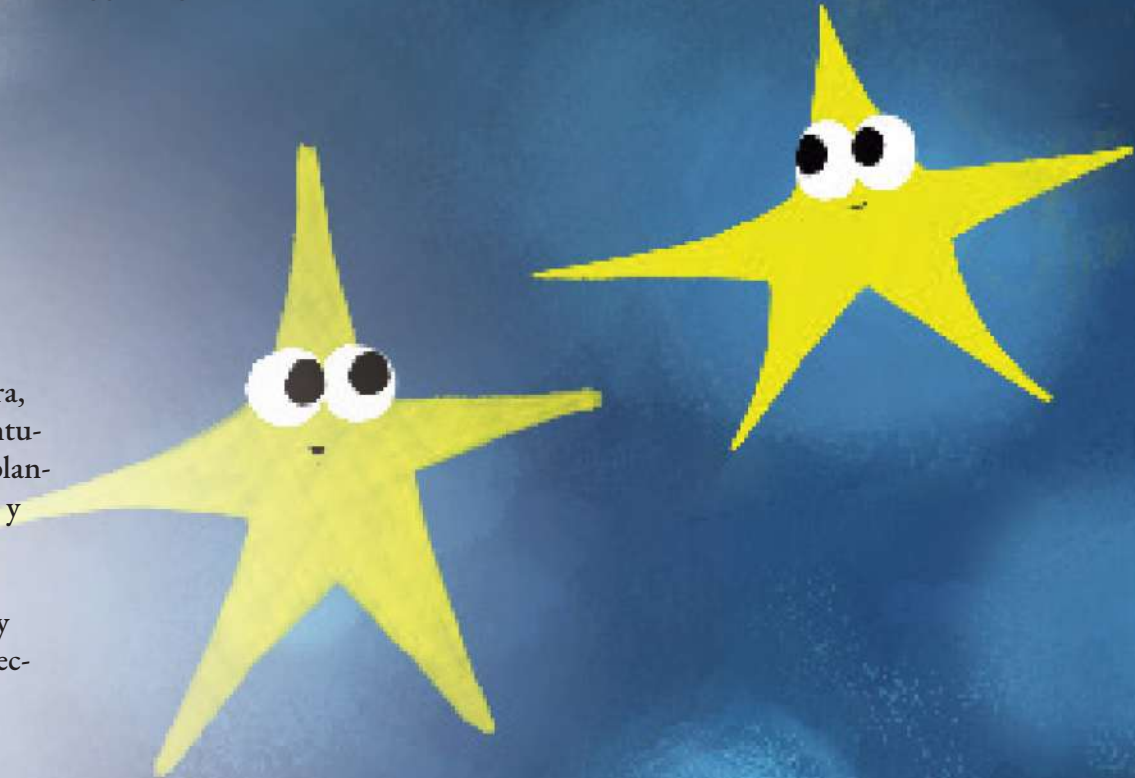
Francis y el abuelo regresaron a la casa con paso fiero, pero se encontraron con el padre hundido en el desespero. Sin embargo, ellos le contaron la verdadera historia de Cléo y él mismo le pidió perdón al cielo. Nadie supo de otra ocasión en que un hombre se hubiera arrepentido de sus culpas y le hubiera devuelto a la tierra lo que le pertenecía con sus sumas. Pero en esta historia Nukák volvió a ser el mismo lugar de siempre, y hasta hoy su tierra se mantiene fuerte. Pasaron algunos años y Cléo vivía tranquila en el fondo del agua, pero un día sin pensarlo, el viento trajo sus palabras:
Gracias a ustedes por dejarme brillar en el fondo del agua y no en las manos de alguien que me daña.
Gracias por no destruir mi tierra y dejarme amar a las personas que viven en ella.

NATURALEZA DE COLORES

TEXTO DANNA ARCHILA/ ILUSTRACIONES PAULA MARIETH LEGUIZAMÓN

Hace mucho tiempo, en una noche como cualquiera, dos estrellas brillantes estaban conversando muy entusiasmadas, pero te preguntarás ¿de qué estaban hablando? Pues de historias, fantásticas, repletas de magia y aventura.

-Yo escuché de nuestra amiga luna una historia muy particular que ocurrió hace mucho tiempo- dijo Electra.
Sorprendida Maia contestó - Cuéntame más.



En un lugar muy lejano había un hermoso campo de flores, árboles de múltiples colores y animales de todas las especies. En el vivían dos hermanos. Leo era el mayor y tenía una larga cabellera color castaño y ojos azules como el cielo, además, era alto y siempre llevaba puesta una chaqueta verde coral, combinada con unos pantalones rojos y blusa blanca; en cambio, su hermana pequeña, que se llamaba Daphne, tenía el cabello negro como la noche y al igual que su hermano ojos azules. A Daphne le gustaba usar vestidos simples y de muchos colores, su favorito era uno de color amarillo que combinaba con el collar azul que le había obsequiado su madre.

Leo y Daphne tenían una tarea muy importante: ¡cuidar ese hermoso campo! Y esto lo hacían con una poderosa pócima que ayudaba a crecer y dar color a las plantas, y energía a los animales.





Pero en las afueras del campo, vivía en una cabaña oscura, pequeña y fría, un hombre de duro corazón que odiaba toda la felicidad que transmitían los niños y no le gustaba los colores que tenía el campo, porque él prefería que todo fuera gris y melancólico; Glifo era un hombre muy antagónico.

Por esta razón, él creó una nueva pócima que transformaba en blanco y negro todo lo que tocaba. Para poder realizar con éxito su plan, construyó una gran máquina de metal que regaba la sustancia alrededor del campo.

Los dos hermanos estaban merendando en el pasto, cuando de un momento a otro escucharon un fuerte estruendo y los animales salieron asustados a esconderse.

A lo lejos, los niños observaron una máquina gigante que estaba esparciendo un líquido extraño que estaba convirtiendo a los árboles y a las flores blancas, negras y grises, y haciendo que toda su belleza desapareciera.

Ellos sabían que era obra del malvado Glifo, así que decidieron actuar para impedir que el campo fuera destruido.

-Yo puedo distraer a Glifo mientras que tú Leo, apagas esa máquina- Dijo preocupada Daphne

-¡Listo eso haré!, pero... ¿cómo lo distraerás? - Preguntó Leo

-Le esparciré nuestra poderosísima pócima encima, pues hace mucho tiempo nuestra abuela me contó que un héroe muy inteligente la utilizó para ablandar el corazón de un vil villano de su época...puede que también funcione si lo hacemos con Glifo.

-Listo, ¡hagámoslo!

Mientras Leo se escabullía por la máquina para apagarla, Daphne fue a distraer a Glifo.

Glifo ¿por qué estás haciendo esto? - preguntó furiosa Daphne- no es correcto que destruyas la hermosa naturaleza, todos nosotros tenemos la misión de protegerla y cuidarla para que así dure muchos más años y las generaciones futuras la puedan disfrutar - dijo acercándose a Glifo.

¡No! Todo debe ser gris, melancólico e igual, así no habrán sorpresas. Todos seremos iguales y así nadie será más que nadie, ni menos que nadie. Los colores no sirven para nada, solo confunden y vuelven más loca esta vida. -Dijo Glifo.

En ese momento la máquina hizo unos movimientos y repentinamente se apagó. Daphne aprovechó la distracción de Glifo para verterle la pócima, y de repente él comenzó a brillar con mucha intensidad con todos los colores del universo, parecía un divertido arcoíris, ¡él más gracioso que hayas visto jamás!





Su ropa, que antes era oscura, comenzó a cambiar de color y su blusa se tornó verde como la pradera, su pantalón azul como el mar y su chaqueta blanca como la leche. Por la expresión de su rostro se pudo ver un cambio en su corazón, pues se veía más relajado y alegre, lo que suponía que su alma ya no era fría como el hielo, sino que se había transformado y ahora era caliente como el fuego del sol.

Glifo se disculpó por todo lo que había causado y prometió que ahora en adelante su misión en la vida sería cuidar y proteger toda la flora y la fauna de este campo para que así durara muchos años más. Además, dijo que se cambiaría el nombre por Grifo, ya que quiere ser el encargado de llevar la poderosísima pócima para que las plantas crezcan y los animales tengan energía y mucha vida.

Así fue como el valiente Leo, la creativa Daphne y ahora el llamado buen Grifo, destruyeron la máquina, usaron la pócima para restaurar las plantas, y calmaron a los animales para así vivir todos en armonía y feliz.

¡Wow, qué historia tan bonita y con gran significado! - exclamó la bella estrella Maia.

¡Sí! – Respondió la brillante estrella Electra – nos ayuda a aprender lo importante que es cuidar la naturaleza y nuestro entorno para que así podamos disfrutarlo muchos años más.

Y por todos los siglos de los siglos, las estrellas Maia y Electra difundieron esta historia para que todas las criaturas cuidaran el planeta tierra y sus habitantes, y colorín colorado... este cuento... ¡se ha acabado!

LAS PROEZAS DE INTI

TEXTO ELIANA WIESNER LEÓN / ILUSTRACIONES DEVY CASTRO MARTÍNEZ

Hola, soy Inti, significa sol en quechua, que según la mitología Inca significa Dios del Sol; increíble nombre para alguien que haya nacido varón, pero adivinen qué, soy mujer, y papá en medio de su orgullo y adoración por su primera y única hija, decidió darme este nombre. Según papá, nací en un día resplandeciente del mes de agosto, en donde el color dorado cubría las montañas de luz, los ríos se llenaban de arcoíris fugaces, y la vegetación brotaba a la velocidad de los suspiros, nada mal para el día de mi nacimiento.

No sé cuántos años tengo exactamente, papá dice que la edad es lo que menos importa, pero por sus largas charlas y sus historias sin fin, de vez en cuando me dice algo, una noche me mencionó, de acuerdo con el calendario Chino naciste en el año 4700; otra vez dijo, interpretando el calendario musulmán naciste en el año 1424; y si no estoy mal, en medio de una explicación de un ritual de arroz, en donde hacía alusión a la antigüedad de aquellas plantas, dijo, jaaa revisando el calendario budista ustedes nacieron en el año 2543; en fin, creo que papá tiene razón la edad es lo que menos importa y hace mucho dejó de importarme.

No hablo casi de mamá, solo atesoro mis únicos recuerdos con ella, el capitán Kunaq, dice que pasó a un plano más elevado de la vida y que siempre estará entre nosotros, así que creo permanentemente en su presencia. Kunaq dice que cada que quiera hablar con ella, basta con mirar al cielo y ubicar la estrella Vera, la quinta estrella más brillante del cielo nocturno, hallándose a tan solo 25 años luz de la tierra.





¿Les mencioné donde vivo? Casi lo olvido, pues bueno, les parecerá de locos, pero desde que nací, vivo en algún lugar del Guaviare, en Cacami, o como lo traduce papá, Panure. Somos los únicos extranjeros en la tribu. Hace algunos años, días, meses o ciclos, papá llegó a Cacami en medio de una expedición botánica, mamá era su co-equipera, y el amor por el descubrimiento incesante, las lluvias refrescantes, los árboles frondosos, las frutas exóticas, los animales virtuosos y las personas no antes vistas; hicieron que mis padres decidieran quedarse a vivir toda una aventura científica y mística, incluyéndome a mí.

Amo este lugar, pese a no tener referencia de otros, disfruto el olor de cada mañana y el sonido del bubulcus ibis (garcita de ganado), el Buteo nitidus (águila Barrada) y el Coccycua minuta (Cuco enano), papá me enseñó todos los nombres científicos de las aves, creo que los sé todos y me encanta; pero lo mejor de todo, es observar las aves en medio del silencio, casi con mirada microscópica para identificarlos en medio de las hojas, sintiendo la luz del sol o la frescura de la lluvia, que hacen de cada amanecer una sinfonía coordinada, un canto de paz y un reencuentro con la tierra madre.

Amo tanto el Guaviare, que, en la próxima fase lunar cuando sea cuarto menguante, me postularé como líder juvenil. Mi mejor amigo Quillén y yo somos los más opcionados, pero por no contar con raíces cacami, deberé cumplir una serie de retos que me hagan merecedora a este título. Tengo miedo de defraudar a papá, lo sé y lo siento en mi corazón, desde mis primeros recuerdos está él, soñando con que Yo algún día sellé mi pertenencia con el río Guaviare, las Bocas del Raudal, la ciudad de piedra, y el armadillo protector de la cosmovisión.

Llegó el momento esperado por todos. Mi ansiedad por la prueba no me dejó cerrar los ojos durante toda la noche. Pensar en salir de mi chilote y dejar atrás mi niñez me genera miedo. Sin embargo y pese a mi angustia, surge una valentía extraña que comienzo a experimentar, el cual me hace pensar en este camino que quiero emprender sin revés.

Amanece, me paro para asistir al ritual, y llegando y sin espera alguna, me reciben con tambores y entonaciones de poder en lengua Makú, haciendo que mi corazón se paralice. Camino hacia el capitán Kunaq, marca mi frente con un círculo rojo como símbolo de libertad, y haciéndome entrega de una hoja marchita de un árbol kiri, me dice: aquí están las instrucciones precisas a seguir Inti, sal y descubre tu destino. No pienso, solo analizo, me despido de papá con una mirada, y en menos de 30 segundos corro sin mirar atrás.

Con mi adrenalina y mi exaltación sin medida, no percibo cuanto corrí, o cuánto me alejé, solo entiendo por primera vez, que he cruzado el límite de un confinamiento de sueños e inocencia que quizá no vaya a volver a ver; siento incertidumbre sobre los azares, pero también sobre lo nuevo que ahora viviré.

Me detengo por un momento, respiro, y observo, y aunque aparentemente sea un camino boscoso y sin novedad, todo resulta ser nuevo para mí, desde los olores, los colores, los sonidos, y hasta las texturas naturales que abrazan y rozan mi piel. Vuelvo a respirar, y en medio de unos palpitos descontrolados y una destreza mental despertándose, me digo a misma: cálmate y enfócate. Recuerdo la hoja que guardé entre mis vestimentas, hago una lectura consciente y veo que entre mis primeras asignaciones está permanecer oculta entre los árboles y plantas y convertirme en un camaleón andante (¿para qué? No lo sé... por ahora solo acataré).





Leí la segunda instrucción: encuentra la hoja blanca con pétalos en forma de hyparedro. ¿Hyparedro? ¿Qué es eso? fue justo y en este preciso momento que reproché las largas charlas geométricas y matemáticas de papá, con sus llamados de atención tras descubrir mis miradas perdidas como representación de mis historias mentales de suspenso de nunca acabar. Medité toda la tarde intentando adivinar, y fue entonces cuando recordé mi tesoro, el libro hecho por mamá, un libro de plantas y flores en donde plasmó con trazos artísticos y casi celestiales todo lo que pudo observar. Encontré mentalmente la flor y pese a las inclemencias de la lluvia, y el descanso en las alturas de árboles ligeros, tardé tres días y tres noches para encontrar la Gutífera, flor de mitos y leyendas capaz de curar desde un mal de amores hasta un dolor de dientes.

Sentí satisfacción, y para celebrar bebí de un riachuelo acompañada de chigüiros, tomé unos chontaduros, trepé un árbol frondoso y dormí por un tiempo incalculable hasta sentir un mico tití en mi vientre. Al despertar lo único que me dijo fue: debes continuar.

Seguí con la siguiente instrucción, pero al parecer parecían dos, decía aquella hoja: sigue la huella de los lunares negros sobre las raíces del viejo sabio; reí pícaramente y por primera vez, sentí profundo orgullo sobre mis lecciones peculiares en ciencias naturales, logrando descifrar en la inmediatez que se trataba del tigre mano de lana en el árbol más antiguo del Guaviare, el Dosel. He de confesar que se trató de una prueba dura, recorrí el Guaviare durante 8 albas y 8 crepúsculos, descubrí desde mi camuflaje lugares inhóspitos, personas similares a papá y a mí, pero con rasgos de cansancio físico y gestos tristes, barreras invisibles entre pasajes que impedían cruces incomprensibles, así como destrucciones naturales sin sentido que hacían brotar lágrimas de dolor desde mis más profundos sentimientos. Creo que fue la primera vez que sentí dolor.

Llegué por fin a un territorio llamado Miraflores, encontré el Dosel pero no al tigre. Solo tras esperarlo dos noches sentí su sombra fugaz, su mirada ligera y su escape frugal. He terminado dije, revisé la hoja de instrucciones, no evidencio un reto más, puedo volver. Y activando mi brújula interna inicié mi retorno sin rapidez, apreciando todo aquello que sentía mío y que hasta ahora comprobaba con lucidez. Entendí los retos, pero más que nada su porqué, y es que solo recorriendo las tierras del Guaviare me puedo sentir más de ellas y ellas de mí.

Pasado un ciclo de sol, por fin aterricé en el portón de mi tribu, me recibieron todos con cantos y sonrisas sin fin. Fui la última en llegar, y al encuentro con el capitán narré una historia de nunca acabar. De repente, el capitán Kunaq me pregunta, ¿qué has aprendido Inti? Y con una respuesta trasparente tal cual me enseñó papá dije, la grandeza no consiste en una posición destacada, la grandeza pertenece al que rechaza esa posición. No quiero ser líder, solo quiero proteger al Guaviare como mi casa de hoy y de mañana.

Y fu así entonces, que tras un silencio eterno y una mirada sabia el capitán Kunaq me dijo, ya lo eres, sigue ese camino.



CORAZÓN DE ORINOCO CRECIDO

TEXTO JOSE NICOLAS GARCIA OROS/ ILUSTRACIONES DIANA LINERO TRIANA

Mi abuela solía contarnos historias durante las noches de verano, cuando el viento silbaba a través de las palmeras y la voz de los espantos le llegaba a uno hasta los huesos. Historias de héroes míticos, lo suficientemente guapos para enfrentar al demonio y ganarle en una pelea mano a mano. Donde los hombres eran buenos porque eran uno con la naturaleza y las mujeres eran completas para domar un caballo. Esta historia no es diferente, es la de un criollo aguapado, que tan solo con un cuchillo cintea'o, hasta con los espantos a congeniado.

Hace mucho tiempo, en una tierra plana como el mar, donde los ojos se pierden en el horizonte y los venados danzan con el sol. En esa tierra de ensueño nació un hombre que no era como los otros, un hombre que era tan guapo, que vivía solo en la sabana, junto a su perro Carrincho y su burro Manolo. Era un hombre diferente a los otros habitantes de esta tierra, ni blanco ni moreno un tono medio, alto y ancho como una montaña, capaz de alzar un tronco de roble con solo un brazo y capaz de montar su caballo de un salto. Pero lo que él no sabía es que ninguna de esas cualidades sería suficiente para la prueba que tendría que enfrentar.

Abelárdo vivía humildemente, en la cuenca de su único amor, el río Orinoco, una serpiente de agua que bajaba desde la gran montaña de donde venían sus ancestros, o por lo menos la mitad de ellos. El río era su consejero, cuando los recuerdos de su pasado atacaban, el solo debía sumergirse y sentir como la corriente le susurraba las palabras necesarias, se sentía como el abrazo de una madre luego de un día malo. Era como su lugar seguro, además, le daba el sustento para sus animales. Sin embargo, un día se acabaron los susurros, el río no hablo más, se le resecaron las gargantas a los animales y los pájaros dejaron de cantar.



Una noche, luego de acabar una botella amarga, el mundo comenzó a dar vueltas y el bosque perdió su norte. De repente, una mujer flotando en el aire, ligera como una pluma e iluminada toda de blanco apareció frente a sus ojos.



- Mira joven canalla, yo me apiadé de ti y si no me quieres escuchar pues te voy a dejar morir.

- Ya, ya doña vagabunda soy todo oídos ¿qué es lo que debo hacer, para que el amor de mi vida vuelva a renacer? – Dijo Aberlardo en tono de burla.

- No me vuelvas a decir así joven condenado, o tus tripas te las voy a voltear. La misión es una búsqueda, que poco te va a gustar, tres piedras del llano vas a tener que encontrar.

- Yo no se mucho de piedras, ni de búsquedas si que menos, soy un hijo de nadie y te estoy tomando del pelo. Tienes que ser más clara, si quieres que algo busque, porque por ahora solo has hecho que me asuste.

- Los indios y los criollos están muy ocupados peleando, tanto así que se han olvidado de los espantos, ya nuestras rimas y alaridos ni hasta el más de los pequeños asustan, estamos desapareciendo mi joven audaz y si no logramos cambiar eso, el río no vas a recuperar. El llano tiene tres guardianes, el Caricare, el Alcaraban y el Bagre. Espíritus tan viejos que de piedra se han vuelto ya, y que la noche de hoy te diré cómo recuperar.

- Jum... no se porqué siento que hoy Manolo le va tocar patonear.



- Tendrás que ir a la tierra de los indios y los criollos para su conflicto solucionar, y yo gustosamente tus piedritas te voy a dar.

- No me creas tan pendejo, alma errante condenada, ¿Cómo se yo que tu palabra vas a guardar?

- Ten aquí la primera piedra como señal de mi buena fe, y a un compañero de pocas palabras, pero eso sí, muy fiel.

De detrás de un árbol aparece un hombre flaco y verde, con la ropa deshilachada y un sombrero gocho roto en la copa. – ¿Quién eres? Exclamó el criollo, el hombre solo silbó, y se acerco a el.

- Es un gustazo conocerlo, estimado Don Silbón, vámonos pues a pata, al llano surcar – El espíritu blanco desapareció al instante, pero no sin antes explicarle que los estaría vigilando bastante cerca. No diciendo más la pareja empieza caminar, con el fin de encontrar, la tierra donde la montaña y la sabana se empiezan a besar.



La tierra del conflicto donde dos paisajes se unen, antes había sido una tierra de paz, donde un joven se había criado junto a sus padres, junto a una madre amorosa que sabía curar cualquier enfermedad con una planta y un padre que sabía de caligrafía y filosofía europea. Ahora esta tierra era un infierno, lleno de lanzas quebradas y mosquetes oxidados, donde cada día se lloraba a los muertos y los hombres valientes arremetían sin ninguna racionalidad contra sus iguales. Allí llegaron ambos, donde la montaña besaba la sabana y las ideas no se compartían. Tuvieron que esperar a que los cañones y las flechas dejarán de volar. Al ver el paisaje el mar verde se había vuelto rojo, era tan impresionante que la cara del silbón se desfiguró en terror, como quien dice el terror que el hombre es capaz de lograr, es peor que el de los espantos. Encontraron a dos jóvenes heridos uno de cada bando. Una era alta alargada como un árbol, y el otro pequeño pero ancho como una piedra. Abelardo y el Silbón los curaron y esperaron a que se despertaran. Cuando los muchachos abrieron los ojos, ambos buscaron arremeter contra el otro. Sin embargo, el Silbón se paró en medio de ambos dejándolos quietos del susto.

- ¿Quién son criaturas? ¿Qué quieren de mi, la última comandante de la casta Valbuena?

Abelardo con aires de rabia le contestó – Por ahora nada muchacha, que se recupere.

- El otro joven, al ver que en peligro no estaba preguntó -¿Esta es la tierra de mis ancestros? ¿Hemos muerto?

- No joven, todavía estás respirando. Ambos están aquí porque estaban a punto de morir y nosotros los salvamos. Sus vidas ahora son nuestras, y cómo son nuestras, les ordenó que no se maten o por lo menos hasta que hayamos terminado nuestra charla. Ambos díganme quienes son, bueno tu Valbuena hablas demasiado. Usted Joven indio cuál es su nombre.

- Me llamo Arjaes Tetelua, soy el cacique de los Guaivos, el cacique Pachi fue mi padre y murió al tiempo con el padre de esta condenada muchacha la semana pasada.

- ¡Cállate Indio! Mi padre murió después del tuyo, era más resistente. Los jóvenes empezaron a rugirse el uno contra el otro mientras que Abelardo no podía creer su suerte, tenía a los líderes de ambos grupos bajo su poder - Ja, estos dos van a sufrir, los voy a poner a trabajar juntos hasta que se amen.



Los jóvenes se encuentran en el monte, cooperando de mala gana, pero recordando las palabras de Abelardo. – Ahora mi amigo aquí al lado les robará algo muy preciado, sus almas, si quieren llegar a viejos les recomiendo que lo atrapen, el estará escondido en el fondo del monte, donde el sol no llega. - ambos siguen avanzando mientras que no pronunciaban ninguna palabra. Cada vez se veía menos y nuestros jóvenes no sabían si era de día o de noche. Arjaes como estaba acostumbrado al monte lograba avanzar con gran facilidad. Sin embargo, la joven Valbuena era otro caso, sus pasos estaban cada vez trucados por chaparros y ramas. En un momento la joven alta se desplomó al suelo y vio brotar la sangre de su tobillo. Arjaes rápidamente pensó en dejarla ahí. Sin embargo, sabía que si eso pasaba el Silbón no le daría su alma, rápidamente reúne unas plantas y prepara un parche.

- ¿Qué haces sucio indio?

- Te salvo la vida joven pálida – la cara de sorpresa de la criolla no tenía comparación, parecía que sus ojos se fueran a salir de sus cuencas y la lengua de su boca, después de esto exclamó.

- Pero somos enemigos – Arjaes aprovechó este momento para sincerarse.

- La verdad no entiendo porqué, somos iguales en muchos aspectos, creo que la lucha la iniciaron nuestros abuelos y ni yo sé cuál fue el motivo.

- Ahora que lo pienso la verdad no sé porqué fue.



Criolloaventuras: Corazón de Orinoco crecido

En ese momento Arjaes terminó su parche y siguieron su camino, hasta un monte donde el Silbón les devolvió sus almas y Aberlardo tenía una última prueba para ellos.

- Tomen sus armas, ahora pueden continuar con su guerra. Ambos jóvenes recogieron sus armas, se miraron a los ojos y simplemente las soltaron, ya no había odio en sus miradas.

El espíritu blanco apareció al instante y dijo – Buen trabajo Abelardo, estos jóvenes líderes la paz construirán, y la tierra su equilibrio ha de encontrar. Abelardo con cara de aburrimiento exclama – Otra vez con las rimitas me vas a venir a engorrar.

- Aberlardo eres tan insolente como siempre, pero esta vez te lo has ganado, toma

tus piedras guardianas. Al río las has de llevar, para el Orinoco recuperar.

- Bueno espíritu eso haré. Sin embargo, al Silbón me voy a llevar, porque el hombre es buena compañía y creo que mi terruño le gustará.

- Has como desees, pero recuerda que el Silbón es malo y hasta los huesos te puede acabar.

- No se preocupe por mí que una vez pruebe mi chivo asado, no querrá comer nada más, vamos pareja.

Así ambos regresaron a su casa sabiendo que la guerra había acabado y que el río se recuperaría, pero lo más importante fue que Aberlardo al ver a esos dos jóvenes cooperando y resolviendo sus conflictos, pudo solucionar el problema que llevaba en su corazón, ya que vio que ambas partes de sí mismo eran iguales y que nada las separara, ni siquiera el Orinoco crecido.



JUANA NUKAK

TEXTO INOCENCIO MOSQUERA/ ILUSTRACIONES DAVID ANGULO TORO



Juana Nukak, era una niña que vivía en el resguardo Los Cocuis, estaba feliz de volver a la escuela para explorar, junto con sus compañeros, toda la fauna y flora que rodeaba su resguardo, era su clase favorita, Naturaleza y Vida. Ese día salieron muy temprano, la sabia enseñanza llegaría al final de la jornada. ¡Pero oh sorpresa! Los niños se encuentran con un panorama desolador. El profesor les comenta todo lo que ha venido sucediendo desde que demasiadas personas se interesaron por conocer la belleza exótica del Guaviare. Juana vio algo espeluznante y aterrador, nunca en su corta vida se imaginó presenciar un evento como el que estaba viendo. El lugar por el que de más niña paseaba y en el que jugaba con sus amigos, se había convertido en otra víctima más del hombre y sus malos hábitos. Había basura por todos lados que ahogaban a los árboles en su proceso natural de fotosíntesis; también había animales comiendo plásticos y cartón que encontraban en el suelo, intoxicando así sus cuerpos. También las pinturas que estaban sobre las piedras, o como el profesor las llama, pinturas rupestres, habían sufrido daños como rayones y orificios.

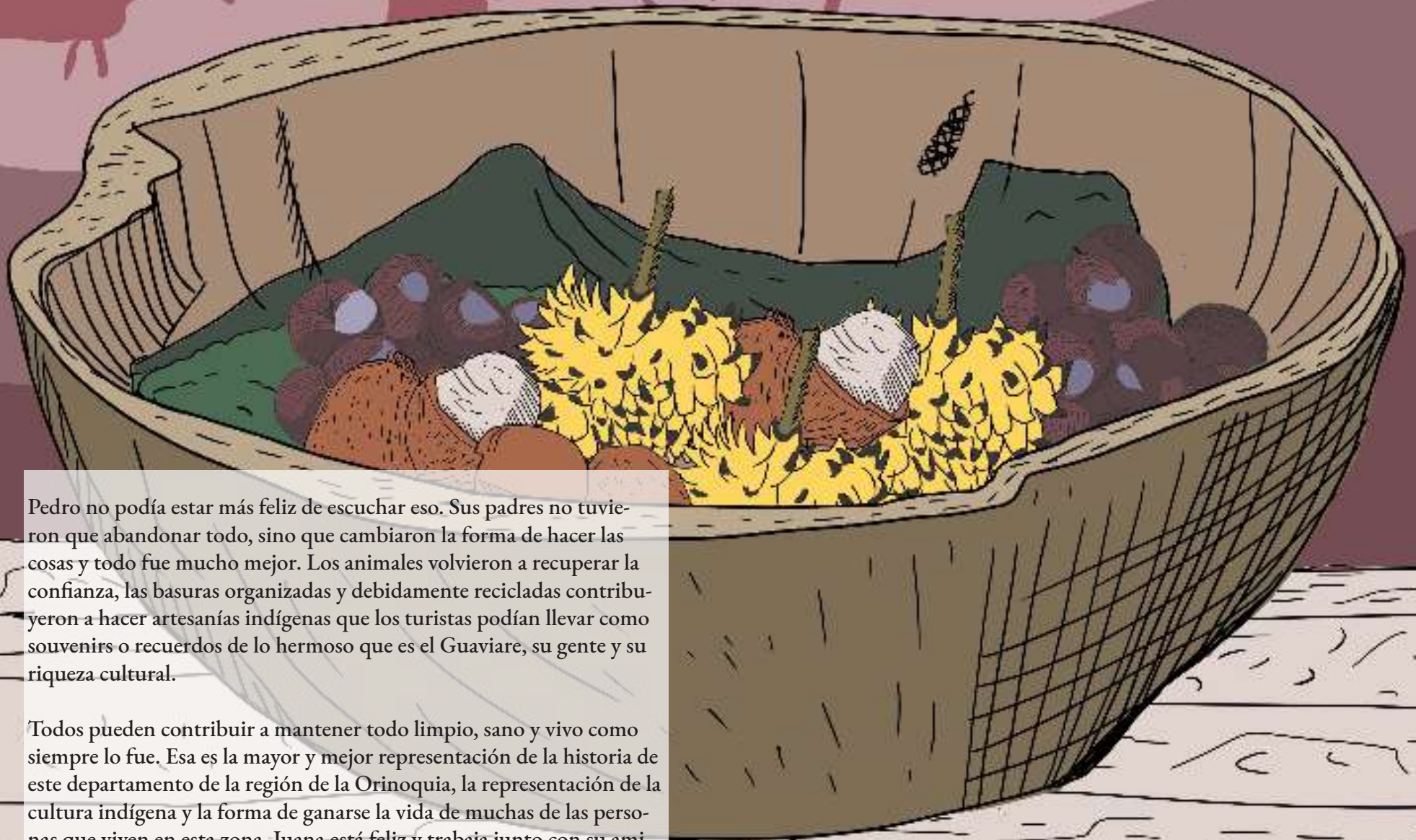
Mientras Juana y sus compañeros del resguardo observaban sorprendidos y tristes aquella escena, un grupo de jóvenes del pueblo más cercano se acerca. Los jóvenes venían guiados por Pedro Bedoya, el hijo del director de turismo del lugar. Pedro ve que Juana está muy triste y se acerca a preguntarle el motivo de su dolor. Ella se asusta al principio, pues hace mucho no veían a personas fuera del resguardo. Esto pasaba comúnmente, ya que antes los visitantes asustaban a los animales con las cámaras y no respetaban a los indígenas que habitaban el lugar. Para los amigos y familiares de Juana, la riqueza y atracción de la naturaleza en la zona donde estaban se había convertido en una maldición, y por eso preferían evitar el contacto con los turistas durante mucho tiempo. A pesar de eso, no pasó mucho tiempo para que la valiente Juana respondiera y comentara todo el daño que se le estaba ocasionando a la naturaleza en ese lugar sin el mínimo control. Pedro quedó atónito, pues no se había detenido a pensar en las consecuencias que sus visitas en la zona estaban generando debido a la irresponsabilidad de los turistas.

El corazón de Pedro se constriñe al ver que estaban progresando económicamente a costa de la flora, fauna y riqueza cultural. Es por ello que, arrepentidos, sugieren modificar todas las políticas de la administración y restringir las libertades de los turistas. Él, muy decepcionado de sí mismo por no haberse dado cuenta antes y ante la empatía que sentía cuando vio el desasosiego en los ojos de Juana, decide hablar seriamente con sus padres y ponerlos al tanto de lo que estaba pasando. Aún con los sentimientos más fuertes, Pedro sabía que sus padres eran personas que difícilmente escucharían a un niño y que podría terminar mal. Sin embargo, esperó hasta la hora de la cena y con gran emoción les dijo. – Mamá, papá, hoy vi algo que me entristeció mucho y que quiero cambiar ya sea con su apoyo o sin él, pero debe cambiar por el bien de todos.



Los padres del niño quedaron asombrados de lo que acababan de escuchar. Contrario a lo que Pedro pensó, sus padres reaccionaron de una forma muy agradable simpatizando con lo que sentía su hijo y lo que sugería debían hacer. Para el niño esto fue una gran noticia y no esperaba para contárselo a Juana y así poderle retribuir algo de alegría. Inmediatamente se redefinieron las rutas, las reglas y las limitaciones para los turistas. Existían fuertes sanciones para quienes las incumplieron, desde no poder volver al lugar hasta pagar algunas multas financieras que serían utilizadas para el buen uso y cuidado del lugar.

A los pocos días Pedro decidió visitar a Juana en el resguardo. Al llegar estaban todos felices y en vigilia, es decir, una fiesta íntima y privada de los indígenas. Por eso tuvo que regresar en dos semanas. Al volver, Juana le contó que esa fiesta era en agradecimiento a los dioses por devolverle la alegría a la zona y mantenerlos bien. Ya ahora todo estaba limpio, los animales como el chigüiro y la danta se paseaban por los senderos sin inmutarse ante los humanos, y las hermosas pinturas rupestres, ahora muy bien cuidadas, representaban el pasado e historia del lugar y sus ancestros.



Pedro no podía estar más feliz de escuchar eso. Sus padres no tuvieron que abandonar todo, sino que cambiaron la forma de hacer las cosas y todo fue mucho mejor. Los animales volvieron a recuperar la confianza, las basuras organizadas y debidamente recicladas contribuyeron a hacer artesanías indígenas que los turistas podían llevar como souvenirs o recuerdos de lo hermoso que es el Guaviare, su gente y su riqueza cultural.

Todos pueden contribuir a mantener todo limpio, sano y vivo como siempre lo fue. Esa es la mayor y mejor representación de la historia de este departamento de la región de la Orinoquia, la representación de la cultura indígena y la forma de ganarse la vida de muchas de las personas que viven en esta zona. Juana está feliz y trabaja junto con su amigo para guiar a los turistas orgullosa de donde vive. Gracias al turismo responsable y sostenible, esta historia también tuvo su final feliz.

LA TIERRA DE LA ESPERANZA

TEXTO CAMILO HERNANDEZ/ ILUSTRACIONES PAULA MARIETH LEGUIZAMÓN

1

Una terrible visión apocalíptica irrumpió como un relámpago en la mente de Gunter: fuego, un ambiente de dolor y desesperanza recorrían su cuerpo en un sueño que duró tan solo un instante. La indescriptible sensación de que no había sido un sueño como cualquier otro lo agobió, no podía salir del asombro de haber visto ante sus ojos de manera tan nítida imágenes que hubieran hecho temblar de miedo hasta al más valiente de los guerreros.

Al día siguiente se bañó, vistió, desayunó deliciosa comida preparada con amor por su madre y se dirigió rumbo a la escuela. Gunter era un niño de doce años, su piel era de color canela y sus ojos color miel irradiaban bondad.

La bondad de aquellos seres que aún no han visto lo que algunos adultos son capaces de hacer cuando son cegados por los demonios que, aunque invisibles, conviven con los humanos en su diario vivir.

Así transcurrió otro día aparentemente normal de escuela, con una sola excepción; no había podido olvidar aquella sensación de angustia por su sueño. Estaba convencido de que no se trataba de un mal sueño común.

Como cuando soñó que una jauría de monos salvajes entraban a su escuela en una estampida de pelos y pulgas que arrancaron toda su ropa y desaparecieron dejándolo desnudo frente a los ojos burlones de sus compañeros, entre los cuales estaba Iliana, quien era la dueña de toda su atención y ciertamente la niña más linda del salón.



Algo dentro de él había cambiado, como si una extraña fuerza superior le estuviera advirtiéndolo a través de sus sueños el peligro al que pronto habría de enfrentarse...

Los días pasaron y pronto llegaron las vacaciones, generalmente los padres de Gunter lo enviaban con sus familiares que vivían fuera de la bulliciosa ciudad. Esta vez, la mayoría de sus tíos se encontraban de viaje en otro país.

A excepción de su tía Mónica con quien no había tenido mucha cercanía pues era una investigadora que viajaba constantemente. Pese a esto, Gunter había sentido una admiración secreta por Mónica puesto que en las pocas veces que había hablado con ella en las reuniones familiares, su tía narraba las más locas y disparatadas historias acerca de remotos lugares en los que la realidad y la fantasía parecían mezclarse sin ningún problema.

- Creo que esta vez podré acompañarte y ver con mis propios ojos algunas de las historias que nos has contado, Tía. – Afirmó Gunter con felicidad y espíritu de aventura.

- Espero que así sea, aunque debo advertirte que a donde vamos hay demonios que han cegado por completo a pueblos enteros – Replicó Mónica sin demostrar temor, pero con inquietud por la compañía de su sobrino en su próximo viaje.

A la semana siguiente Gunter y Mónica alistaban sus maletas para emprender el viaje a aquella tierra de misterios y seres sobrenaturales. El destino elegido por Mónica para esta travesía era el Amazonas Colombiano, un ecosistema de tan enorme vastedad que es capaz de producir oxígeno para millones de personas en todo el mundo.

Allí, Mónica se dirigía a estudiar un raro fenómeno: Los locales afirmaban que había un demonio que se había apoderado del alma de pueblos enteros. Hacía que hermanos, primos y vecinos perdieran la razón. Ellos olvidaban quiénes eran, cuando se encontraban en la calle no se reconocían e inmediatamente se lanzaban como bestias a herir a sus familiares.



LOS HOMBRES CIEGOS

La primera parada fue San José del Guaviare, una ciudad a orillas del imponente río Guaviare. Los primeros días fueron agitados, el equipo de la doctora Mónica preparaba todo lo necesario para introducirse varias semanas en lo profundo de este territorio.

Gunter seguía cuidadosamente a su tía y observaba como entre el equipo había un ambiente de nerviosismo pues todos habían escuchado los rumores de aquellos demonios. Las historias que contaban quienes habitaban estas tierras helaban la sangre y ponían los pelos de punta.

La travesía inicio con un viaje por el río Guaviare hasta un punto llamado “cuatro esquinas”. Allí todo empezó a ser evidente, había ojos que estaban siguiendo y vigilando cada uno de sus movimientos. El equipo desembarcó e instaló un campamento cerca al río, todos estaban alerta y se turnaban para dormir pues sentían que en cualquier momento podría suceder algo. La noche transcurrió así, sólo hasta que la luz del sol empezó a asomar a través de lo alto de los árboles Mónica y Gunter se dieron cuenta que algo andaba mal.

Algunos miembros del equipo habían desaparecido sin dejar rastro. La misión debía continuar, era necesario llegar al poblado de Mapiripan en donde se decía los demonios habían causado mayor daño. Al llegar allí fue claro que el problema era mucho más grave de lo imaginado.

Era como entrar en un pueblo fantasma, muchos de sus habitantes habían huido y los que quedaban se dividían en dos grupos: unos andaban sin ninguna expresión en su cara y con la mirada perdida, no reaccionaban a ninguna palabra y su mente estaba poseída por los espíritus malignos. Los otros no salían mucho de sus casas pues el temor los invadía, estaban flacos y hambrientos, no huían pues los demonios se lo impedían. Era claro que estaban sufriendo y no podían hacer nada al respecto.





Desde su llegada el equipo de la doctora Mónica fue mal recibido, los espíritus malignos no les hacían daño pero los vigilaban. El equipo intentó hablar con los poseídos y los asustados sin embargo, nadie les decía una sola palabra. La investigación no estaba funcionando y el ambiente se ponía cada vez más peligroso.

Gunter fue la única persona que pudo dialogar con alguien. En un momento de descuido se alejó del grupo al ver a una niña muy parecida a Iliana, su compañera de clase y amor platónico. Ambos se alejaron del pueblo y Gunter vio en la mirada de aquella niña mucho dolor, podía sentir todo lo que ella había vivido sin siquiera conocerla. Su corazón entristeció, la abrazó y le dijo lo siguiente:

- Me llamo Gunter, he venido con mi tía Mónica y su equipo a salvarlos de estos espíritus. Puedes confiar en mí, cuéntame lo que sucede, mi tía y yo los ayudaremos.

Ella lo miró a los ojos y rompió en llanto, lo abrazó y respondió con estas palabras:
Mi nombre es Laura, han llegado demonios de tierras lejanas, se apoderaron de la mente de muchos incluyendo a familiares. Han vuelto ciegos a los hombres y los obligan a hacer cosas terribles...

No pudo seguir hablando, su voz se entrecortó. A pesar de esto, Gunter pudo escuchar el alma de Laura y rompió en llanto con ella, al abrazarla pudo ver lo que ella había visto y era exactamente lo que había soñado hace algunas semanas. En efecto, tembló de miedo a pesar de ser un guerrero de los más valientes como lo demostraría más adelante.

EL LIBRO DE LA SABIDURIA

Gunter no dudó en contarle a su tía lo que su nueva amiga le había dicho. Mónica no parecía sorprendida, ella ya venía estudiando el fenómeno de los demonios años atrás, sabía muy bien lo que eran capaces de hacer con la gente.

Estos espíritus malignos se alimentan del miedo, se apoderan del pensamiento de las personas a través de la avaricia. Mónica ya había visto cómo actuaban estos demonios, seducían a los hombres con el poder y los volvían ciegos. Sin embargo, sabía también cómo derrotarlos.

No iba a ser una tarea fácil, reunió a su equipo en la biblioteca de Mapiripan y les dio las siguientes instrucciones: Se debían dividir en tres grupos, los primeros irían a la Reserva Natural Nukak, allí deberían encontrar a la tribu indígena Nukak quienes se caracterizan por un respeto muy profundo y espiritual hacia todos los seres vivos y la naturaleza, ellos les contarían el mito del origen del mundo. Los segundos debían navegar por el río Guaviare hasta llegar a un punto llamado la Estrella Fluvial de Oriente, lugar donde el río Guaviare y el río Orinoco mezclan sus aguas. Allí debían dialogar con los delfines rosados, los guardianes de los ríos, ellos guardan secretos muy poderosos en un libro pero se los revelan solo a aquellos de corazón bondadoso. Finalmente, el tercer grupo debía ir a un poblado llamado Miraflores, en ese lugar debían encontrar un árbol de Ceiba que escondía una rara flor roja con puntas blancas llamada la Flor de Inírida.

Mónica sabía que el aroma de la flor de Inírida junto con la información sobre la creación del mundo de los Nukak y el libro de la sabiduría de los delfines rosados podrían ser usados para ahuyentar a los demonios.

Los grupos partieron y Gunter fue enviado río arriba a dialogar con los delfines rosados. Su tía Mónica iría a buscar a los Nukak pues entendía su idioma. Laura la amiga de Gunter conocía Miraflores, por esto la incluyeron en el equipo, fue enviada a buscar el árbol de Ceiba donde crecía la Flor de Inírida. La meta era volver a Mapiripan en dos semanas.



Los días pasaron y cada equipo se fue adentrando en su misión. Gunter durmió y comió junto con cuatro personas en una lancha durante los tres días que duró el viaje por el río Guaviare hasta la Estrella Fluvial de Oriente. Cuando llegaron, no había rastro de los delfines. Los cazadores los habían ahuyentado. Sin embargo, Gunter no se iba a dar por vencido, en una ocasión pudo observar a lo lejos un destello rosado que se asomó a la superficie del río.

Cuando vio aquel lomo rosado su corazón no dudó, recordó las historias de su tía Mónica de aquellas tierras donde la realidad y la fantasía se mezclaban, acto seguido se arrojó al río decidido a encontrar a este delfín. El oscuro tono del río le impedía ver bien bajo el agua, la fuerte corriente de las aguas lo dejó sin aliento en poco tiempo, supuso que no podría nadar igual que un delfín rosado y se rindió. Pero cuando salió a flote se encontraba muy lejos de la lancha, era difícil rescatarlo e iba perdiendo la fuerza cada vez más. Llegó el punto en que estaba cerca de ahogarse cuando sintió un jalón hacía el fondo del río y perdió la conciencia.

Gunter despertó confundido, un delfín de color rosado intenso lo había llevado hasta una burbuja de aire que se forma debajo de la intersección del río Guaviare y el río Orinoco. Era un delfín anciano, quien le preguntó qué venía a buscar. El niño le contó que necesitaba el libro de la sabiduría para espantar a los demonios de la guerra.

El anciano y rosado delfín le respondió lo siguiente:

Los delfines hemos visto a esos demonios, hemos visto lo que hacen con los humanos. Los hombres nos estaban haciendo daño, nos matan y contaminan nuestro hogar, el río. Por esto nos alejamos de ellos. – Gunter escuchaba atentamente y el delfín prosiguió:

Tú eres un hombre de corazón noble, lo veo en tus ojos. Eres capaz de sentir el dolor de los otros y por esto hemos decidido otorgarte los secretos del libro de la sabiduría, debes utilizarlos para el bien.



Esto es lo último que recuerda Gunter de su encuentro con el delfín. Su siguiente recuerdo es en la lancha, los del grupo lo habían encontrado flotando. Cuando lo subieron a la lancha un bulto rosado desapareció bajo su cuerpo en el profundo río.

Pronto el equipo estuvo en Mapiripan otra vez, los tres grupos habían cumplido su misión. La flor de Inirida, Los mitos de los Nukak y el libro de la sabiduría estaban juntos. Mónica esperaba que el aroma de la flor durmiera a los demonios por un momento, en ese instante debían contarles a los hombres el mito del origen del mundo, en este mito los Nukak cuentan que todos somos hermanos, somos hijos de Padre tiempo y Madre tierra, por esto debemos respetarnos, vivir en armonía y perdonarnos. Por último, todo el suceso de los demonios de la guerra y el perdón debía anotarse en el libro de los delfines rosados. Este libro contenía una magia que les recordaría a los hombres ciegos su error, les llenaría el corazón de bondad para que pudieran reparar el daño que habían causado.

Así fue, Laura esparció el aroma de la Flor por todo el pueblo, por un instante parecía que los hombres recobraban su vista. Mónica con su poderosa voz recitó el origen del mundo de los Nukak, con una voz clara y voluntad de enseñar les recordó a los hombres su origen y hermandad. Al mismo tiempo Gunter escribía en el libro de la sabiduría tan rápido como le permitían sus manos. Al finalizar, el aroma, la voz y la letra se juntaron en un destello mágico. Los hombres poco a poco empezaron a recobrar la vista, dándose cuenta de todo el daño que les habían hecho a sus hermanos y hermanas. Se sintieron profundamente avergonzados y fueron corriendo a pedir perdón.

El daño era enorme, pasarían años hasta que la comunidad de Mapiripan recobrará el amor. Pero con perdón rosado, memoria Nukak y el aroma de la hermandad, Gunter, Laura y Mónica hicieron del Guaviare y sus alrededores un lugar mejor para todos los seres vivos.¹

1 Nota al lector adulto: Este es un homenaje a los hechos ocurridos entre el 15 y 20 de julio de 1997 en Mapiripan, Meta. En donde los demonios de la guerra cegaron a los hombres y cobraron la vida de medio centenar de personas. Entre los que se encontraban padres, hijos, hermanos y amigos. El perdón, la reparación y la memoria deben ser la magia que le devuelva a estas tierras la esperanza.

Agradecimientos:

A todas aquellas personas que intervinieron en el proceso de creación y desarrollo de esta cartilla, escritores, ilustradores y editores.

En especial a la fundación Juventudes Literarias por su participación y apoyo en la construcción de este proyecto.

Coordinación



Eliana Wiesner León
Dirección general



Katherin Burbano Pérez
Coordinación editorial



Angie Tatiana Mendoza
Edición / Ilustración

Ilustradores



Devy Castro Martínez



Diana Linero Triana



Paula Leguizamón Munevar



David Angulo Toro

Escritores



Alejandra Garzón Caballero



Eliana Wiesner León



Inocencio Mosquera
Montañez



Danna Archila Márquez



Daniel Pérez Peña



Nicolás García Oros



Luis Torres Coy



Iván Camilo
Hernández




@revistallanoadentro



@LlanoAdentroCPEO



@AdentroLlano



Entre monte y llanura una serie de personajes se enfrentan a diversos retos que los llevan a ayudar a su territorio y conocer su magia oculta.

A través de una serie de narraciones inspiradas en la región de la Orinoquia esta cartilla reúne diferentes cuentos con fragmentos apasionantes que nos hacen ver la importancia de proteger nuestra tierra.